

LA LABOR DIFUSORA DE LOS TRANSTERRADOS

Por Elsa Cecilia Frost

De 1937 —año en que llegó a México Luis Recaséns Siches— a 1939, cuando los republicanos se enfrentaron a la derrota definitiva, la Universidad Nacional Autónoma de México abrió sus puertas a cuando menos doce filósofos españoles; número extraordinario si se tiene en cuenta que la filosofía nunca ha sido una actividad popular. Desde luego, ese “cuando menos” que tan extraño suena, precisa una aclaración; pero lo que debe tenerse en cuenta es que ni todos los maestros que se incorporaron a la Facultad de Filosofía y Letras por ese entonces permanecieron en ella, ni tampoco fueron los únicos, ya que entre el grupo de refugiados llegaron jóvenes que habrían de hacer sus estudios en México para pasar al término de ellos a la cátedra universitaria. Así, la única mujer del grupo, María Zambrano, tras una muy corta estadía en las ciudades de México y Morelia, salió hacia Puerto Rico. Otra ave de paso fue Juan David García Bacca, que abandonó nuestra universidad para incorporarse a la de Caracas. Algún otro, pienso en Eugenio Ímaz, decidió que su camino no era la docencia, dejó las clases y, sin traicionar su vocación filosófica, se entregó a otras tareas. En cambio, Eduardo Nicol terminó su doctorado en México y los dos más jóvenes, Adolfo Sánchez Vázquez y Ramón Xirau, hicieron toda su carrera aquí.

Los restantes, hombres formados y en algún caso ya más que maduros, decidieron aceptar en forma total ese cambio de destino al que José Gaos llamó “trastierro” y sin dejar de ser españoles, o quizá precisamente por ello, siguieron el camino que desde hace cuatro siglos ha marcado a los inmigrantes españoles llevándolos a esa duplicidad de patrias, a ese ser de allá y de aquí a un mismo tiempo, que tan inexplicable resulta para quien no lo ha vivido.

Sin embargo, como dice el refrán, “El hombre propone y dios dispone”, y en pocos años el grupo de filósofos perdió a dos de sus miembros. Uno, Jaime Serra Hunter, el mayor de todos ellos, murió a los cuatro años de haber llegado; el otro, Joaquín Xirau, fue víctima en 1945 de un terrible accidente que le costó la vida al llegar a su clase en Mascarones, la vieja casa colonial que albergaba a la Facultad de Filosofía y Letras.

Así, el grupo de filósofos se redujo por uno u otro motivo, y a pesar de la incorporación de los más jóvenes, su importancia para la vida filosófica de México parecerá siempre

desproporcionada frente a su número para quien no haya sido testigo de su labor. Quizás haya incluso quien piense que, como en muchos otros casos, se trata aquí de un puro “malinchismo”, esa vieja actitud que, según se dice, lleva al mexicano a apreciar cualquier persona o cosa venida del extranjero muy por encima de lo propio. En consecuencia, cabe preguntar si el ambiente filosófico en México era tan raquítico que los exiliados españoles llegaron a descubrirnos el Mediterráneo, llenándonos de pasmo (actitud que, por lo demás, es el principio de todo filosofar de acuerdo con Platón).

Puede afirmarse, desde luego, que no fue así. México, por razones históricas muy claras, había seguido desde el siglo XVI una trayectoria filosófica del todo semejante a la de la propia España. Semejanza que ni la Independencia pudo hacer desaparecer, pues durante el siglo XIX tanto en España como en México se vivió un mismo liberalismo, para caer después en las redes del positivismo, de las que finalmente se logró salir, a principios de este siglo, gracias a la influencia conjunta de Bergson y Boutroux¹. Es más, en el momento de la forzada inmigración española, México contaba con dos filósofos originalísimos, José Vasconcelos y Antonio Caso, cuya obra no ha recibido aún toda la atención que merece. Menor que ellos y en decidida actitud de reto, estaba también Samuel Ramos, propugnador de una cultura “criolla”, es decir, propia y no imitada extralógicamente. Su obra, *El perfil del hombre y la cultura en México*, presenta temas y actitudes tan cercanos a los orteguianos que se ha hablado de una influencia del maestro español sobre Ramos, si bien ésta no parece haber existido.

Los filósofos españoles no entraron en un vacío filosófico. La Facultad de Filosofía y Letras —antes Escuela de Altos Estudios— contaba ya con una tradición que, aunque corta, se cimentaba gracias al esfuerzo de Caso —su director por aquellos días—, Ramos y otros maestros de los que ya se hablará (Vasconcelos había abandonado la Universidad hacía ya años). ¿Qué fue entonces lo que los transterrados aportaron a la vida filosófica mexicana?

Tengamos en cuenta que hacía apenas diez años que el propio México había salido de la serie de guerras, batallas y enfrentamientos que reciben el nombre conjunto de Revolución mexicana, época en que el país quedó aislado y naturalmente fue poco propicia para el fomento de las ciencias y las artes. Aunque también es cierto que Vasconcelos durante su periodo al frente de la Secretaría de Educación Pública había hecho un esfuerzo no sólo por

¹ Cfr. el estudio de Raúl Cardiel Reyes, “La filosofía”, en *El exilio español en México*, Salvat-FCE, 1982, pp. 205-234.

alfabetizar al pueblo, sino por dar a los universitarios acceso a los clásicos, tanto de la filosofía como de la literatura. También es verdad que, al estabilizarse poco a poco la situación del país, hubo jóvenes (como Francisco Larroyo y Eduardo García Máynez) que pudieron salir a estudiar al extranjero, Alemania en especial. A su regreso a México, estos jóvenes se incorporaron a la Universidad y dieron a conocer la filosofía de sus respectivos maestros alemanes: Windelband y Natorp en el primer caso, y Scheler y Nicolai Hartmann en el segundo. Por lo tanto, es del todo inexacto atribuir a los transterrados el despertar del interés por lo propio, puesto que éste había aparecido ya en las obras de Vasconcelos y Ramos, ni tampoco el conocimiento de las nuevas corrientes filosóficas. Dado que esto es un hecho, cabe volver a plantear la pregunta anterior: ¿qué fue lo que hicieron los exiliados españoles y en qué radica su importancia para la vida filosófica de México?

Por una parte, lo que fue una situación de privilegio para unos cuantos mexicanos — me refiero a los estudios en Europa—, había sido algo natural para estos españoles que, en algunos casos, completaron su formación no en una sino en varias universidades extranjeras. Tenían, por lo tanto, un conocimiento directo de las nuevas corrientes filosóficas y, naturalmente, el manejo de una o varias lenguas extranjeras, además del latín y el griego. Considero que ésta es la gran diferencia entre españoles y mexicanos. Por una u otra razón, las lenguas clásicas en México habían pasado a ocupar un lugar secundario, hasta convertirse casi en patrimonio exclusivo de sacerdotes y seminaristas. Y por lo que a los idiomas modernos se refiere, la muy marcada francofilia que señoreó en México hasta muy entrados los años cuarenta, unida a la facilidad de aprender otra lengua romance, hacía que el francés fuera el único idioma extranjero manejado tanto por maestros como por alumnos. Como ejemplo, basta recordar las ediciones de los clásicos hechas por Vasconcelos, en las que no consta referencia alguna al texto original del que fueron traducidas y todo hace sospechar que se hizo una retraducción de una traducción francesa.

Por lo que se refiere a los filósofos alemanes modernos, pocos eran quienes en México podían leerlos en la lengua original. Se dependía, como en el caso de los clásicos, de traducciones al francés o de las traducciones al castellano que *Revista de Occidente* venía publicando gracias al empeño de José Ortega y Gasset. Por ello, en la cátedra, el maestro se veía obligado a explicar al filósofo en cuestión haciendo una síntesis de su pensamiento; y, en muchos casos, los alumnos llegaban al examen final sin haber leído el texto mismo.

Es indudable que la presencia de los maestros españoles vino a cambiar todo esto. Así, aun cuando la obra de Heidegger hubiese sido explicada más de diez años antes de que Gaos se ocupara de ella, la forma en la que se trabajó *El ser y el tiempo* fue totalmente diferente, puesto que el maestro exigía familiarizarse con la obra original, lo cual obligaba a los alumnos, según el caso, a iniciarse en la procelosa gramática alemana o a desempolvar su griego —cuando lo había—.

Pero si el contenido de los cursos y la forma de trabajo tenían ya características innovadoras que los hacían muy atractivos para los alumnos, otro tanto puede decirse de la forma de exposición. En un país de cuyos habitantes ha llegado a decirse que no han logrado —¡después de más de cuatro siglos!— “dominar a la perfección las caprichosas formas gramaticales del español”,² pero que en todo caso han cambiado el tono y el ritmo mismo del idioma, la clara dicción, el magistral manejo de la lengua y, por qué no decirlo, cierta teatralidad de los maestros españoles, convertía sus cátedras en verdadera fiesta intelectual. Si lo que caracterizaba a los catedráticos del país era ese “sentimiento discreto”, ese “tono velado”, esa “sobriedad” que se dicen propios del mexicano, los vozarrones de los españoles, recorriendo toda la gama de tonos para plantear problemas, ironizar ante un abandono de la lógica, exponer un tema, apostrofar al contrario, insinuar una salida, aclarar un escollo o tender quizás una trampa al ingenuo alumno, todo esto, unido a sus muchas “tablas”, hicieron que sus cursos y conferencias fueran seguidos ávidamente no sólo por los alumnos inscritos, sino por muchísimos oyentes.

Tan perfeccionistas eran —y tan teatrales— que entre los alumnos corría la voz de que uno de ellos, una vez terminado el texto que se proponía presentar en clase, lo ensayaba frente a un triple espejo; y del doctor Gaos puedo decir que sus manuscritos parecen partituras, pues señalaba al margen el tono de voz que debía usar en cada párrafo.

Pocas veces, por tanto, ha llegado a darse una adecuación tan completa entre contenido y forma como en los cursos de estos maestros.

Pero además del atractivo que esto representaba y que, en cierto sentido, puso de moda la filosofía aun entre gente muy ajena a ella, ¿cuál fue la aportación de los maestros españoles? ¿Se limitó a la exposición novedosa de la historia de la filosofía o dieron algo

² Tal sostiene César Garizurieta en “Altitud y longitud de la literatura mexicana”, *Revista América*, núm. 60, vol. V, 1949, fecha que coincide con el momento en que más notable fue la presencia de los maestros españoles.

más?

La respuesta es que fue mucho más lo que aportaron, y lo hicieron por dos causas. La primera, su precaria situación —por mucha que fuera la generosidad de México al aceptarlos—, hizo que se vieran obligados a buscar otras fuentes de ingreso además de lo que les reportaban las clases. Su preparación los llevó, muy naturalmente, a tomar un camino que muchos conocían desde España. Me refiero desde luego a algo que ya apunté antes al referirme a la cátedra de Gaos. Al llegar a México se encontraron con un obstáculo enorme para dar el curso como lo tenían acostumbrado, pues eran muy pocos los alumnos capaces de seguir un texto que no fuera castellano o francés. Por ello, y ésta es la segunda causa, había que contar con traducciones fidedignas. Y a esta labor paciente, cansada, difícil, mal remunerada e incluso menospreciada, se entregaron muchos de ellos. Alguna vez se me dijo que el hambre los llevó a traducir, pero, si así fuera, ¿por qué traducir *El ser y el tiempo* y no una novelita? Es verdad que tenían necesidad de dinero, pero ésta no los llevó a traicionar su vocación, sino a afirmarla en muchos casos y, como resultado final, además de solucionar su problema pecunario, legar a México una enorme riqueza bibliográfica.

Así, ninguno de los maestros mencionados se limitó a la traducción de los textos que consideraba necesarios para su clase. En unión con la Casa de España en México (más tarde El Colegio de México) y del Fondo de Cultura Económica (fundado pocos años antes por Daniel Cosío Villegas y otros mexicanos), los transterrados tradujeron una verdadera biblioteca filosófica que abarca desde los presocráticos hasta Heidegger, a quien muchos consideraban intraducible, y no sin razón. Sólo José Gaos tradujo más de 60 obras de filosofía logrando en todas ellas una precisión increíble, pues si a veces —al leer el texto traducido— puede parecer que quizá no debiera usar tal o cual término o que la expresión es poco feliz; si en busca de una mejor traducción se compara la de Gaos con el original, no se encuentra término más acertado y se descubre que usó ése porque era el justo. No voy a hacer la relación de lo traducido por el doctor Gaos, ya que sería casi interminable y además puede consultarse en su *Bibliografía*³.

Creo conveniente recordar que Juan David García Bacca tradujo no sólo a los

³ Cfr. *Bibliografía filosófica mexicana 1969, seguida de la bibliografía del Dr. José Gaos*, UNAM, México, año II, núm. 2, 1971, donde se enumeran más de 70 traducciones hechas por el maestro, si bien no todas son de obras filosóficas. En sus años mozos realizó unas 20; las restantes fueron hechas en México.

presocráticos⁴ en una versión muy personal (tanto que se dice que no los tradujo al castellano, sino al heideggeriano); también varios diálogos de Platón, la *Poética* de Aristóteles, los dos primeros libros de la *Geometría* de Euclides y la obra completa de Jenofonte.

Eugenio Ímaz, como ya dije antes, fue excepción pues no tuvo cátedra, entregó su vida a la labor editorial y se echó auestas la traducción de las *Obras completas* de Dilthey, trabajo que la muerte le impidió terminar. Dejó además traducciones de economía, de historia, de sociología, de psicología y de estudios literarios, amén de otros libros de filosofía como son los de Dewey, Cassirer y Collingwood⁵.

Eduardo Nicol también incurrió en este campo, pero hasta donde sé sólo publicó la traducción del *Demóstenes* de Jaeger.⁶

Y ya que se menciona a Jaeger, para traducirlo parece haber habido un cónclave de los mejores traductores: el ya mencionado doctor Nicol, Gaos —quien tradujo el *Aristóteles* y *La Teología de los primeros filósofos griegos*—, Joaquín Xirau (quien sólo alcanzó a traducir los dos primeros libros de la *Paideia*) y Wenceslao Roces, que terminó la traducción de esta obra fundamental.

Este último, aunque historiador de profesión, merece una mención especial: no sólo tradujo *El capital* de Marx, la *Historia de la filosofía* de Hegel y *El problema del conocimiento*⁷ de Cassirer, sino que parece haber estado en competencia con Gaos en cuanto a producción.

El suyo no fue un caso único, ya que el poeta José Carner tradujo entre otros libros la *Areopagítica* de Milton, *La ciudad de Dios en el siglo XVIII* de Becker y *Cristianismo y cultura clásica*⁸ de Cochrane. Y aquí cabe decir que inexplicablemente, cuando menos para mí, la traducción de Carner de *La ciencia nueva* de Gianbattista Vico no fue hecha a partir de la edición de 1744, la definitiva, sino de la primera (1726), por lo que no sólo hay grandes lagunas, sino que faltan los importantes cambios hechos en la segunda edición de 1730 y, desde luego, los de la tercera. Por ello esta traducción, más que útil, resulta una rareza

⁴ Las traducciones de García Bacca, agotadas hace mucho, fueron publicadas por El Colegio de México.

⁵ Ímaz realizó unas 20 traducciones para el Fondo de Cultura Económica, entre otras: Johan Huizinga, *Homo Ludens*, 1943; Leopold von Ranke, *Historia de los papas*, 1943; la obra de Cassirer fue publicada en 1943, la de Dewey y la de Collingwood en 1950.

⁶ México, FCE, 1945.

⁷ La traducción de Marx es de 1945 y la de Hegel de 1955; la de los varios tomos de Cassirer se inició en 1953. Todas aparecieron en Fondo de Cultura Económica.

⁸ John Milton, 1941; Becker y Cochrane, 1943. Todas llevan el sello del Fondo de Cultura Económica.

bibliográfica.

Es evidente que a estos nombres habría que agregar los de Domenchina, Ferrater Mora, Giner de los Ríos, Recaséns Siches, Malagón, Medina Echeverría, Millares Cario, Pedroso y tantos más que, sin dedicarse específicamente a la filosofía, hicieron mediante su paciente labor que nuestro acervo filosófico superara su penuria.

Pero si la cantidad es asombrosa, no lo es menos la calidad. Estos hombres que trabajaban en condiciones muy adversas, se volcaron —quizá para olvidar un tanto esa adversidad— en su labor. Si fue magnífica la selección de títulos, no lo fue menos el lenguaje al que se vertieron. En prosa sobria y precisa, sin ahorrarse ningún esfuerzo ni hacer concesiones al futuro lector, nos dejaron traducciones ejemplares. ¿Que algunas veces son difíciles de entender? Desde luego, porque reflejan la dificultad del original mismo. Como dije antes al hablar de la traducción de *El ser y el tiempo*, los términos inusitados de Gaos corresponden con la mayor fidelidad posible a los términos alemanes de Heidegger, igualmente inusitados.

Para quien, como yo, tuvo la suerte de ver cómo enfrentaban la labor de traducción estos hombres, resulta a fin de cuentas difícil decir qué vale más: la traducción misma o ese ejemplo de dedicación al trabajo y de probidad intelectual que nos legaron.

*Nota de la Enciclopedia: el presente texto reproduce la ponencia presentada por la Dra. Elsa Cecilia Frost (1928-2005) destacada especialista en historia de las ideas, investigadora y traductora, en el coloquio titulado “Cincuenta años del exilio español en México” realizado los días 25 y 26 de agosto de 1989, organizado por el Departamento de filosofía de la Universidad Autónoma de Tlaxcala y publicado en el libro *Cincuenta años del exilio español en México*. Ed. UAT-Embajada de España en México, Tlaxcala, 1991, pp. 7-14